

Mayoría abertzale

Hay un mito político en este país (otro más, queremos decir) que, por ser útil a algunos en período electoral, se está convirtiendo en fábula alienante repetitiva, de efectos cada vez más negativos.

Nos estamos refiriendo a esa cacareada «mayoría abertzale» existente en Euzkadi, en Vascongadas, en el Norte, en la Comunidad Autónoma, o en Cantabria Oriental. Lo del nombre es lo de menos.

Y decimos lo de mito alienante porque en Euskal Herria no hay mayoría abertzale, ni nada parecido.

Si en este país hubiera conciencia nacional dominante, aquí no sucederían muchas de las cosas que están sucediendo.

Para centrar el tema: si en este país hubiera mayoría abertzale, la mayoría de nuestra población sería plenamente consciente de que el pueblo vasco está a punto de desaparecer como tal, por asimilación hispano-francesa simultánea, en plazo breve. Y sabría que esto no es alarmismo, sino pura descripción sociológica del hecho central de la Euskal Herria de hoy: su disolución.

Si en este país hubiera conciencia nacional, hace ya tiempo que sólo una minoría marginal de renegados, con el apoyo de los partidos imperialistas, pondría en duda que el euskera es el único elemento objetivo central de nuestra personalidad colectiva. Repetimos: no un elemento importante, no un factor muy importante, sino el único factor objetivo sine-qua-non.

Si en este país hubiera conciencia nacional mayoritaria, los vascos que componen ésta, independientemente de sus opiniones sobre el SIDA o sobre el incesto, sabrían que el combate lingüístico es rigurosamente central; y esto se notaría en su praxis lingüística. Por ejemplo: habría millares de euskaldun-berris que bien hubieran querido aprender inglés, tan práctico, pero no tuvieron tiempo para ello; y no, como hoy, millares de sedicentes patriotas que no han tenido tiempo para aprender la lengua nacional, pero hablan pasablemente el inglés.

Si en este país hubiera conciencia nacional, hace ya tiempo que seguiríamos de cerca los procesos nacionales de Finlandia, Eslovenia o Lituania; olvidando otros temas por falta de tiempo para todo.

Si en este país hubiera mayoría abertzale, seríamos conscientes de que vivimos, como pueblo, una gravísima situación de emergencia; y crearíamos intensamente que es ahora mismo el momento de la famosa «acción concertada de todos los abertzales en torno a un programa de mínimos», de que hablaba aquel inolvidable patriota que se llamó Telesforo Monzón.

Si en este país hubiera conciencia abertzale, la obsesión de los patriotas no sería acabar sintiéndose cómodos en España, sino lograr que todos los vascos del Sur se sientan cómodos en Barkoxe y en Hazparne; y todos los vascos del Norte no menos cómodos en Leitze o Aramaixo. Lo alarmante, justamente, para un vasco patriota, es que una mayoría de este pueblo, pretendidamente abertzale, se encuentra cómodo en Albacete, e incómodo en Périgueux, y absolutamente lunar en la UEU de Iruñea (cosa que, evidentemente, ni aflora a la conciencia del Prof. Marañón).

Pero en este desgraciado país, en Euzkadi-Sur más concretamente en este instante, lo que hay es mayoría españolista; y por eso siguen en pie el Pacto de Ajuria-Enea y demás engendros antivascos.

En este país la conciencia abertzale es minoritaria. Aquí lo mayoritario es lo español, a nivel tanto objetivo como subjetivo. Aquí, por encima de las declaraciones oficiales, lo vasco es sentido como secundario por la mayor parte del país, y vivido como tal.

Aquí cualquier tema político puede convertirse en meta capital y prioritaria. Basta con que cumpla una condición: que pueda ser integrado, de una u otra forma, en un proyecto global español: defensa de la Constitución, subordinación al orden monárquico, prioridad fáctica de la lengua española en la praxis

diaria, apología de una pseudo-democracia que niega el derecho a la autodeterminación, frente de clase de los pueblos de España, etc. etc.

Y esto no es nuevo. Cuando Arzalluz habla del «esfuerzo de adaptación realizado por el PNV», trata una vez más de tomarnos el pelo: nada hay aquí menos novedoso políticamente que el PNV de Arzalluz (el PNV de Arana-Goiri murió ya para los años treinta).

Cuando aquel célebre vasco Iñigo de Loyola, de bien «buena familia» como sabe el lector, llegó a su mayoría de edad, como primera medida se hizo militar español; como segundo paso, se lanzó con las armas en la mano contra los independentistas navarros; y en tercer lugar, se erigió en líder de la reacción internacional llamada «Contra-Reforma». A pesar de lo cual sigue provocando el orgasmo de las autoridades autonómicas.

Hemos de hacer una cura de desintoxicación. La única tendencia verdaderamente arraigada en la mayoría de nuestro pueblo es un desprecio ancestral hacia todo lo nacional vasco, empezando por la lengua. Se trata del famoso «self-hatred» que citan los sociólogos: nuestra alineación es tan gigantesca, que odiamos a los de casa (sobre todo a los que toman en serio el hecho vasco), y admiramos y jaleamos a los que nos están hundiendo desde hace siglos. Somos los «petits-négres» de la Europa Occidental.

Y esto no es novedoso en absoluto: los vascos, que tomaron parte eminente en el genocidio de los pueblos americanos, no dejaron allí ni rastro de su presencia (a no ser su apellido, y no siempre). Fueron parte indiferenciada de los conquistadores españoles. Los de los gobiernos autonómicos están orgullosos del V Centenario porque se sienten plenamente identificados con aquellos vascos españoles y alienados.

Y todo esto es natural. Ya en 1923 un militar español segó el incipiente movimiento nacional vasco que lideraba el PNV. En 1937 otro militar español, por procedimientos aún más brutales, volvió

a decapitar el movimiento nacional vasco. Luego vinieron cuatro décadas de fascismo anti-vasco, de alineación españolista sistemática, de inmigración desmesurada sin la menor disposición hacia su vasquización, incluso psicológica. Y durante esos 40 años toda la nueva generación con inquietudes, masivamente, se integró en la izquierda abertzale naciente. A la caída de Franco un enorme aluvión de oportunistas de vivencia vasca nula, se hizo con las siglas del viejo PNV (ya prácticamente aniquilado desde el punto de vista del proyecto nacional); y lo convirtió en un Partido neo-carlista en sentido estricto. Arzalluz no representa a Arana-Goiri, sino a Carlos VII y a Tirso Olazabal. En consecuencia: el proyecto nacional vasco sigue siendo un proyecto minoritario. Extremadamente minoritario y descendente en el PNV, partido folklórico-tecnocrático de jerga clerical; un poco menos minoritario en EA; y realmente inexistente en el EE actual. (No diré, por pudor, lo que pienso de la situación en HB: que el lector juzgue).

El proyecto nacional vasco sigue siendo minoritario en el país: frente a lo que ocurre en Eslovenia, en Estonia o en Armenia. Pero esto no tiene nada de alarmante: en 1890 la mayoría españolista alcanzaba el 100% de la población; y en 1936 el PNV seguía siendo minoritario, incluso en Bizkaia. Hemos avanzado enormemente; pero aquí no hay todavía mayoría abertzale. Si no se admite esto, todo lo que nos cuenta la prensa diaria es incomprendible.

Hay motivos para ser optimistas; pero optimistas lúcidos. Es decir, optimistas conscientes de que no es posible avanzar sobre las bases imaginadas por el enemigo para hundirnos.

«Mayoría abertzale? Todavía no. Pero todo se andará. Se ha andado ya una importante parte del itinerario. Y el enemigo está cada vez más nervioso.

Y ya se sabe: del enemigo, el consejo.

Lingüista. Escritor

hemeroteca

La querrela de la eutanasia

(Roman Gubern, «El Independiente»)

(...) Quienes defendemos el derecho a la eutanasia vemos en sus detractores a unos violentos intrusos en uno de los derechos que conciernen de modo más íntimo y personal a nuestro destino, en su faceta más dramáticamente existencial. Nos irrita que alguien pueda usurpar una decisión tan personalísima y trascendente, alegando que el derecho a nuestra vida no nos pertenece, por pertenecer a Dios o a la sociedad. Y los detractores de la eutanasia ven en su ejercicio la usurpación de un derecho divino o social acerca de la vida humana. La segunda argumentación, de origen laico, es la que legitima la pena de muerte o el envío de ciudadanos uniformados a las matanzas en los frentes de guerra.

(...)

Es interesante observar aquí con cuánta frecuencia los partidarios de la pena de muerte son, en cambio, enemigos radicales del derecho al aborto. Este curioso contraste, que aspira a proteger la vida del feto (del proyecto de hombre) y no se

inmuta en cambio por el homicidio social del hombre adulto, merece alguna reflexión. (...)

(...) Al escribir esto, no puedo ignorar los argumentos religiosos que invocará tal creyente, aduciendo que la vida es un don de Dios y que sólo él tiene derecho a arrebatársela. Es un argumento bien conocido. Pero como la figura de Dios, por respetable que resulte para los creyentes y para muchos agnósticos, no ha entrado en las leyes ni en las consideraciones jurídicas, este argumento no es admisible en una sociedad secularizada y basada en el pluralismo religioso, ya que, por ejemplo, los judíos, creyentes en Jehová, admiten la legitimidad del suicidio sin ninguna cortapisa ni violencia religiosa. Y los musulmanes prometen el paraíso eterno a quien muera con las armas en la mano combatiendo por la santa causa del Islam. (...)

Pena de muerte

(Pedro Villalar, «El Diario Vasco», 4-8-90)

Por si Argentina no tuviera suficientes problemas —es un país al borde del colapso económico y moral—, el presidente Menem ha decidido instaurar la pena de

muerte en el país, aunque sólo para «delitos aberrantes». Si los argentinos llegan a dar este paso, quedarán en precario el acuerdo de Costa Rica, en el que naciones democráticas iberoamericanas abolieron la pena capital.

Menem ha declarado que decidió formular esta propuesta de ley al asistir al dolor de un amigo suyo, cuyo hijo fue secuestrado y asesinado por unos delincuentes comunes. Es, cuando menos, extraña la sensibilidad de Menem, que se

enardece ante semejante tropelía y que, al mismo tiempo, se dispone a amnistiar a unos militares golpistas que cometieron gravísimos delitos de lesa humanidad. Entre ellos, torturar, asesinar y violar a hombres, mujeres y niños.



«El Mundo»